

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
ses, 60.—Un año, 100.

Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.—
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
suscripciones enviando á esta Administracion el
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-
lle de O'Reilly, núm. 54.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Plaza de Celenque, número 1, esquina á la del Arenal.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono termina en este mes, se servirá renovararlo para no sufrir retraso en el recibo del periódico.

Los encargados de la venta en provincias liquidarán su cuenta antes del 4 del próximo mes.

Todos los nuevos suscritores que hagan su abono desde 1.º de Abril, recibirán gratis los folletines publicados de El Barbero de Paris, preciosísima novela de PAUL DE KOCK.

COSAS DEL DIA

Estós progresistas que mandan hoy tienen un defecto, es decir, tienen muchos, pero ahora no voy á hablar más que de uno, bien que no creo sea posible hablar de uno sólo, tratándose de quienes tantos tienen.

Su vanidad es verdaderamente monumental, y les incomoda, les exalta, les pone fuera de sí que todo el mundo no los admire con la boca abierta, y que por cualquier medio se manifieste que no gustan los señores.

Ellos quisieran que la grandeza toda se hubiese hecho progresista, que les enviase todos los días exposiciones, manifestando lo contenta que está con ellos, que les convidase á sus saraos, y que en viendo una marquesa, ponga por caso, á un progresista en la calle mandase

parar el coche, se bajara y lo ofreciera al progresista, y se volviera á pié á su casa.

Ellos quieren que el clero se desviva por ellos, que predique todos los días que con la Constitucion democrática ya tenemos ganado el cielo, que jure la supradicha Constitucion, que cante en todos los entierros, bodas y bautizos de progresistas, y que si no cobra sus legítimos haberes se dé por muy contento y satisfecho, y cada vez esté más unido á la situacion.

Quieren que los maestros de escuela se hagan lenguas del Gobierno, enseñen la Constitucion á los chicos y les lean los discursos de Ruiz Zorrilla los domingos, en lugar de llevarlos á misa, y hagan todo esto gratis por puro entusiasmo progresista.

Ellos quieren que todo el ejército sea progresista, y

que aproximó de nuevo la hoja de su navaja á la nariz de Chaudoreille, cuyo rostro se puso más pálido que lo que estaba, excepto una parte de sus mejillas, cuyo sonrosado parecia inalterable.

—¡Diablo! exclamó Touquet cogiendo con una mano la punta de la nariz de Chaudoreille, para que no se moviera, y concluyendo con la otra de afeitarte, ¡no podrás nunca estar quieto y no temblar á la vista de la hoja de mi navaja!.. Merecias que te llenara de cortaduras toda la cara. Vamos, levántate... ya he concluido.

—¡Muchas gracias! exclamó Chaudoreille, que respiró más libremente. ¡Ya estoy hecho un querubín. ¡Oh! tienes la mano más ligera y más diestra que he conocido... Con esta, te debo setenta y siete barbas...

—Bueno, ya ajustaremos cuentas otro día...

—Ya sé que tú te pareces á mí... Tú no eres como un barbero que afeita á uno de mis amigos, que le paga de tarde en tarde, y el cual le hace una cortadura cada vez que le afeita, para ir marcando las veces que le hace la barba, segun dice él.

—Concluyamos de hablar de nuestros asuntos antes que venga gente...

—Te escucho con la mayor atencion.

—Irás á la perfumería y comprarás alguna cosa...

—Sí, una valona ó una gola...

—Puedes comprar lo que quieras.

—La gola me parece que me sienta mejor...

—¿Te callarás? ¡Maldito hablador!... Ahora no se trata de tu figura. Enseñárame á armar una conversacion con la jóven de que te he hablado, y te dirás que el marques de Villebelle está dispuesto á hacer por ella cualquier locura...

—Le diré que si no accede á sus súplicas, se suicidará ante sus ojos...

—¡Imbécil!... No tienes necesidad de decirle nada de matarse... ¡Vaya una manera de seducir á una griseta!...

—¡Pues yo no las he seducido nunca de otra manera!...

—Pues en lugar de eso, se les habla de sedas, terciopelos y brillantes, y eso las entenece mucho más pronto...

—¡Cada uno tiene su sistema! Yo no las enteneceo nunca de ese modo. Por lo demás, yo diré todo lo que tú quieras, y presentaré al marques generoso y magnífico como un hijo de la Gascuña...

—En fin, harás por obtener una cita en nombre del marques para mañana á la noche...

—Sí, y tú, en vez de entregársela á ella, fuiste y se la entregaste á su madre.

—¡Qué diablo! ¿Cómo me lo había yo de figurar? ¡Era una mujer jóven, llena de cintas y de flores... y con un talle que cabia en el puño!... ¡Francamente, creí que era la jóven de que me habiais hablado!... ¡Dentro de poco tiempo será casi imposible el distinguir los sexos con tantos adornos, y con esos inmensos peinados que se llevan!

—Otro día te dije que armaras cuestion con uno de tus amigos con el objeto de reunir gente en la calle y hacer detener la silla de manos de una jóven, á la cual se queria hablar, y echaste á correr despues de haberte dejado dar dos ó tres bofetadas...

—¡Ay! querido Touquet, no le echas la culpa más que á mi bravura; yo sabía que la cuestion no era más que una broma, pero á la tercera bofetada se me subió la sangre á la cabeza, y tuve miedo de mí mismo...

—Espero que esta vez te conducirás mejor...

—Explicáte, ¿tienes necesidad de mi brazo? ¿necesitas un hombre de valor? ¡aquí me tienes!

—¡Dios me libre de poner tu valor á prueba!... ¡La cosa es muy sencilla y no tendrá que esforzarse mucho tu imaginacion!

—Tanto peor... te juro por Rolando que me sentia dispuesto á desafiar toda clase de peligros... Pero ten cuidado, querido amigo... aproximás demasiado tu navaja á mi nariz... y me temo que me vas á quitar un trozo, lo cual le quitaría á mi fisonomia parte de su encanto...

—No temas, valeroso Chaudoreille, ¡yo respetaré tu rostro!... comprendo que sería una lástima echarlo á perder...

—Sí, ciertamente... y que eso haría llorar á más de una gran señora que se digna favorecer á tu humilde servidor...

—Pues esas grandes señoras podian haberte regalado otro jubon, porque ese que traes se conoce que ha prestado ya demasiados servicios.

—Amigo mio, ¡el amor no se fija en esas cosas! ¡lo mismo agrado con este jubon que con otro cualquiera!... Así y todo le he soplado la dama á más de un caballero cubierto de bordados de los piés á la cabeza... Además, si yo quisiera cintas y encajes, no tenía más que sonreirme para obtenerlos... ¡Pero Dios mio! ¡querido Touquet!... ¡mirad el perro de vuestro vecino que se lleva mi gola!

—Es menester quitársela...

no tenga más dios que Milans del Bosch, pongo por caso, y jure todo lo jurable cuantas veces les diere la gana á los señores, y considere héroes á los sublevados del 22 de Junio y siguientes.

Ellos quieren que todos los que escribimos periódicos no pensemos en otra cosa que en piropearlos y darles jabon (¡buen jabon necesitan en efecto!) y aplaudir todos sus actos, y hasta admirar los puntos negros y otras oscuridades, impropias de tales tiempos de libertad, legalidad, moralidad, lealtad y atrocidad.

Ellos quieren, en fin, que no haya perro ni gato que no sea progresista, que no aplauda á los progresistas, y que no esté dispuesto á reconocer que si caen del poder los progresistas, España se muere de repente.

Pero estos señores progresistas debian conocer una cosa: que no se les puede querer, aunque me esté mal el decirlo.

Y no es porque los españoles, los pobres españolitos victimas de los gloriosos de Setiembre, tengamos el corazon de bronce ó peña, sino porque ellos no se hacen querer, porque ellos no procuran ganar el afecto público, que si ellos lo procuraran, no seríamos los españoles tan ingratos que se lo negásemos.

Venid acá,—aunque no os voy á dar almuerzo, os lo advierto,—venid acá, mandarines: si tanto apego teneis al poder, si tanto os escucece que se os hagan desaires, que se os mire con prevencion y que se os tenga en poco, ¿por qué diablos no gobernais bien, por qué demonios teneis particular empeño en chocar con todas las clases de la sociedad?... ¿por qué no haceis siquiera una cosa por la que se pueda conocer que teneis deseos de conquistar en vuestro favor la opinion?...

Tronabais ántes contra los empréstitos... ¿Y haceis otra cosa vosotros, hombres de Dios?...

Hablabais contra las camarillas... ¿Y no quereis vosotros tambien formar camarillas, creyendo que así os vais á agarrar mejor?...

Os escandalizaban las posiciones improvisadas, las recompensas á quienes no tenían méritos, el militarismo, la intransigencia con la prensa y otros excesos... ¿Y vosotros, hijos?... Todos os habeis hecho altos funcionarios, todos teneis todas las cruces posibles é imposibles, y sois poco más ó menos como los otros en cuanto á militarismo y á perseguir periódicos.

Quereis que se respete todo lo que haceis... Pues empezaad por respetarlo vosotros.

Quereis atraeros á la nobleza y la insultais.
Quereis atraeros al clero y no le pagáis.
Quereis la libertad para vosotros solitos, y para los demas un cuerno.

Pues hijos, tened paciencia y aguantaos por la buena; si no habeis tenido talento para captaros la simpatía general, no echeis á nadie la culpa, sino á vosotros mismos.

Bien dispuestos estábamos todos á confesar que érais los grandes hombres del siglo, cuando hicisteis la revolucion; pero, amigos, si nos habeis dado chasco, si creiamos que érais hombres de gobierno y nos habeis salido progresistas degenerados, ¿qué culpa tenemos nosotros?...

Entónces teniais de vuestra parte á la gran masa del país no político, y á los partidos extremos en respetuosa expectacion, pero ahora... ahora ya no teneis más amigos que aquellos á quienes habeis dado empleo.

Me parece que esto es hablar clarito, y sin ofender á nadie.

Con que, hijos, no hay que incomodarse, todos los desaires, todos los actos de oposicion que veis en todas las clases de la sociedad, os los habeis buscado vosotros solitos.

Esto es lo que os tenia que decir, y me quedo corto.

El que tiene vanidad debe tener algo en que fundarla.

HACER CARRERA.

—¡Cállate! ¿qué veo?
—¡Señor D. Gorgonio!
—¿Es V. D. Venancio?
—El mismo.
—Pero ¿qué quiere decir ese trage?
—Nada: es el uniforme de mi nueva posicion.
—¡Pobre de San Bernardido!
—Sí, señor.
—Pero explíquese V.
—Es muy sencillo.
—Usted era rico.
—Tenia una posicion desahogada, pero amigo ¿qué quiere V.? me ocurrió la fatal idea de hacerme contratista. Tomé el suministro de algunos establecimientos de beneficencia...

—Buen negocio.
—¡Sí! ¡Muy bueno!...
—Los artículos se dan bastante malos y los pobres nunca se quejan.
—Quien tiene motivo para quejarse son los contratistas.
—¿De veras?
—Como que no cobran un cuarto.
—¡Hombre!
—Eso me ha pasado á mí. Mientras tuve dinero fui supliendo, luego contraí deudas, y por último di el gran estallido dejando á mis acreedores con un palmo de narices, y solicitando una plaza en San Bernardino.
—¡Pobre D. Venancio!
—Luego dicen que el que no hace carrera es porque no quiere.

—Hola, chico.
—Adios Luis.
—¿Estás empleado?
—No, me dejaron cesante.
—Y ¿no piensas que te repongán?
—De ningun modo. ¡Esta gente no dura!...
—Eso dicen todos.
—Salta á la vista.
—Y ¿qué te haces?
—Nada.
—¿Nada?
—Es decir, pienso casarme.
—¿Estás en tu juicio?
—Creo que sí.
—Y ¿quién es la victima?
—Una viuda.
—Jóven.
—Tiene unos cincuenta años.
—¡Canario! ¿es guapa?
—Cojea un poco del pié izquierdo, pero...
—¡Vamos! Comprendo. Quieres salir de pobre. ¿Cuánto tiene?
—Unos dos millones.
—¡Bonita jugada!
—No te figures que me caso por interes.
—No, hombre, ¡qué disparate!
—Nada. duro, duro.
—Pierda V. cuidado.
—El ministro quiere que sea una cosa muy fuerte.

—Sí, eso se dice muy fácilmente... Pero ese maldito perro muerde á todo el mundo.

Chaudoreille se levantó á medio afeitado, y cogió su espada, la cual desenvainó enseguida; pero en este tiempo el perro habia salido de la tienda, llevandole cogida con los dientes la gola del caballero gascon, el cual corria detras del can con la espada desnuda, al mismo tiempo que no cesaba de gritar:

—¡Mi gola!... ¡mi gola!... ¡detenédle!... ¡detened á ese ladron!

Mientras más gritaba Chaudoreille, más corria el perro, y los transeuntes miraban con sorpresa á aquel hombre, medio desnudo, con una mejilla afeitada y con la otra llena de jabon, que corria con la espada en la mano gritando al ladron.

Los muchachos arrojaban piedras al perro, lo cual aumentaba la velocidad de éste, hasta que al fin desapareció al volver una esquina á las miradas de Chaudoreille, el cual, rendido de cansancio, se detuvo lanzando un suspiro. Su cólera subió de punto al ver que todo el mundo se reia al contemplarlo.

Entónces pronunció alguno que otro juramento, pero lo bastante bajo para que nadie lo oyera, y cruzando por entre la gente que la rodeaba se dirigió un tanto cabizbajo á casa del barbero.

—¡Es menester que te hayas vuelto loco, para correr así por la calle! te dijo Touquet; merecias que no te acabara de afeitado.

—¡Tiene gracia!... ¡me roban una gola magnífica y querrias que no la quisiera recuperar.

—Te poeas otra.

—¡Es que no tenia más que esa!

—Con solo que te sonrias tendrás todas las que quieras.

—Sí, pero no tengo maldita la gana de sonreirme.

—Vamos, cálmate. Si nuestro negocio sale bien, como espero, te daré algunos escudos con los cuales podrás comprar las valonas que quieras, porque lo que es las golas no se estilan ya.

Esto dulcificó un poco la pena de Chaudoreille, el cual se sentó otra vez para que le concluyeran de afeitado.

—Irás hoy á la Cité, dijo Touquet despues que hubo terminado la toilette del caballero, y en la calle de la Calandria entrarás en una perfumería que hay como á la mitad de la calle...

—¡Sí! ¡sí! ¡ya sé dónde es!... ¡la conozco perfectamente!... justamente es ahí donde me proveo de esencias.

—Tanto mejor, con eso tendrás más confianza y te será más fácil ejecutar lo que te voy á decir... ¿Supongo que conocerás entónces á una jóven que hay allí, como de unos veinte años, de mediana estatura, cabellos negros, y los ojos tambien negros y muy vivos?

—Te diré... no creo que la conozca... he estado algo delicado, y hace dos ó tres años que no compro nada de perfumería, porque los olores fuertes me atacan terriblemente los nervios.

—Si pudieras, querido Chaudoreille, dejar de mentir á cada instante, te lo agradecería en el alma.

—¡Cómo!... ¿Mentir yo?... ¡Te juro por Rolando!...

—Bueno, cállate y escucha. Un gran señor se ha enamorado de esa jóven, de la cual te acabo de hacer el retrato. ¡Ese gran señor es el marques de Villebelle!

—¡El marques de Villebelle! Es todo un valiente mozo... Estoy encantado de trabajar por un hombre de ese temple... es tan bravo como generoso... y casi tan atrevido como yo. ¡Oh! ¡Yo le daré pruebas de mi celo y de mi ingenio!

—Pues empieza por contener tu lengua, pues la menor indiscrecion puede costarte cara. Además, no te he dicho el nombre de la persona por quien vamos á trabajar más que porque la jóven con quien vas á hablar lo sabe, y como ella podia decirtelo, vale más que lo sepas de antemano. Aparte de todo, quien te emplea soy yo, y no el marques. Yo podia encargarme de la comision que te encomiendo... pero empiezo á tener una gran reputacion de probidad y de honradez; todos creen que me he arrepentido de todos los errores de mi juventud, y que no me mezclo ya en intrigas de ninguna especie, por lo cual no quiero destruir la buena opinion que ahora se tiene de mí en el barrio.

—¡Ah! querido Touquet... ¡tienes la astucia del mono!... ¡así se hacen mejor los negocios!... ¡pues!... ¡y con tu aire frio y severo engañas mejor á la gente!... ¡Tienes razon, es menester disimular!... esa es la parte más esencial de la intriga; desde ahora voy á ver si puedo abandonar este aire que tengo de atrevido y libertino á fin de poder enganar mejor á las niñas inocentes.

El barbero se encogió de hombros, é hizo un movimiento de impaciencia.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

Lo cierto es que entonces la vigilancia de los jefes hizo fracasar muchas intenciones, y que cada una que fracasaba ó se descubría, costaba á muchos sargentos y algunos oficiales ir á Filipinas ó á la Habana, que era lo mejor que les podia suceder, porque si el gobierno hubiese querido aplicarles la Ordenanza los hubiese fusilado, lo cual es una triste gracia.

Yo estaba enterado de casi todo lo que ocurría por el sargento primero de mi compañía, que á pesar de la diferencia de categoría se había hecho muy amigo mio, desde que á los pocos días de entrar en el servicio le presté cinco duros que me había enviado mi padre, cuya cantidad no me devolvió nunca y yo me guardé muy bien de pedir-sela, porque aparte de que probablemente no me la hubiera dado, aquello me proporcionaba cierto ascendente sobre él.

En el servicio militar no conviene ponerse mal con los jefes, porque estos siempre tienen medios de vengar una ofensa, y lo mejor es sufrir todo lo que quieran, aunque quieran una injusticia.

Suarez, que así se llamaba mi sargento, llevaba ya catorce años de servicio, y aunque tenía mucha gana de ser oficial, no tomaba parte en la conspiración porque como él decía ya era perro viejo, estaba muy acostumbrado á esos trotes, y sabía que la gente menuda no suele sacar de semejantes lances cuando obra por su cuenta, más que algun balazo.

Por esta razón sus compañeros se recataban de él, pero no tanto que no lograra traslucir algo de lo que pasaba; y todo lo que sabía me lo contaba, y aun algunas veces me hizo el honor de consultarme sobre la conducta que debía seguir en determinados casos.

El pobre Suarez era una buena persona, pero no tenía gran talento, que digamos, y en sacándole de hacer los ajustes de la compañía era hombre al agua.

Así iban pasando los días; yo, aunque no olvidaba á mis padres, iba conformándome cada vez más con mi suerte, y hasta cuando salía á paseo, me atrevía á echar algun requiebro á las muchachas que pasaban á mi lado.

Sólo cuando recibía carta de mi madre, que siempre me hablaba de Vicenta, sentía grandes tentaciones de desertar, y á no ser porque veía que la guardia civil cogía á todos los desertores, creo que lo hubiera hecho.

«Es fuerte cosa, pensaba, que tantos hombres hemos de ser soldados por fuerza. Yo comprendo que al coronel y los oficiales les guste el servicio, porque ellos viven bien, cobran buen sueldo y hacen carrera; pero los pobres diablos que venimos aquí por fuerza no tenemos más porvenir que recibir algun día un tiro que nos deje en el sitio ó nos inutilice para toda la vida, cosa que no tiene maldita la gracia. Y el caso es que si un día al salir del cuartel nos desertáramos todos, cada uno podria marcharse tranquilamente á su casa, porque la guardia civil no había de prender á noventa mil hombres, y la Ordenanza les serviría á los oficiales para reducirnos á la obediencia lo mismo que la carabina de Ambrosio. Pero ¿quién es capaz de ponerse de acuerdo con todos sus compañeros para convencerles de las ventajas de esta determinación? No seré yo el que diga la primera palabra porque no tengo gana de que me peguen cuatro tiros, que es lo que sucedería probablemente.»

Creo que muchos soldados habrán pensado lo que yo, pero les habrá contenido el mismo temor que á mí me contenía.

Por eso es posible el ejército, y unos pocos hombres sin más que las insignias de sus grados y un libro que manda que se les obedezca, pueden dominar á tanta gente y obligarla hasta á perder la vida, que es lo que más estima el hombre.

III.

Las precauciones eran cada vez mayores, porque segun decía Suarez, el momento decisivo se acercaba.

Efectivamente, desde mediados de Junio, los sargentos cuchicheaban entre sí y hablaban mucho con los de otros regimientos y con algunos paisanos.

En todos se notaba una actividad extraordinaria y en determinadas ocasiones no sé cómo los jefes no observaron en algunos de ellos cierto sobresalto.

Además se veía que estaban con los soldados mucho más amables que de costumbre, y sucedía que hasta nos

regalaban algun cigarro puro ó nos convidaban á tomar una copa en la cantina.

En nuestro cuartel entraban tres ó cuatro sargentos de artillería, que se habían hecho muy amigos de los nuestros; cosa rara, porque los artilleros son muy orgullosos, se creen más que todos y no hacen amistades con los que sirven en otros cuerpos.

Lo cierto es, que todos parecían muy unidos, que iban al café juntos y que allí se reunían con los del regimiento del Príncipe, que ocupaba el mismo cuartel que nosotros.

Algunas veces no se retiraban sino muy á deshora de la noche.

Por fin una mañana á poco de amanecer me desperté sobresaltado por el ruido que se oía en los dormitorios del regimiento del Príncipe, separados de los nuestros por un tabique, y por las voces del sargento Suarez, que gritaba, poniéndose la cortuchera:

—¡Arriba! A tomar las armas.

Todos nos levantamos lo más deprisa que nos fué posible, nos vestimos como Dios quiso, nos pusimos las cartucheras, y cada cual cojió su fusil sin darse cuenta de lo que pasaba.

En el cuartel de al lado se oían algunos tiros.

Los soldados se decían unos á otros: «Ya se armó la gorda.»

Era el día 22 de Junio.

Antes de continuar debo explicar la situación en que nos encontramos para que sea fácil entenderme.

El edificio que corona la Montaña del Príncipe Pio, se halla dividido en dos cuarteles. En cada uno de ellos se aloja un regimiento. El de Asturias, á que yo pertenecía, se hallaba en uno y el del Príncipe ocupaba el otro.

Los disparos que yo había oído, sonaron en el patio del cuartel del regimiento del Príncipe.

Segun supe despues, los soldados de este regimiento se habían sublevado, los jefes habían tratado de contenerlos, y los rebeldes, á la voz de sus sargentos, habían hecho fuego hiriendo gravemente al teniente coronel, que con una bandera en la mano les arengaba y trataba de volverlos al cumplimiento de su deber.

Parece que, asustados de su mismo delito, luego que vieron caer á su jefe, la mayor parte de los soldados volvieron á la obediencia de sus superiores, y sólo dos compañías, mandadas por algunos oficiales, salieron del cuartel sublevadas y se dirigieron hácia el de San Gil, centro principal del movimiento.

Como la cosa era muy grave, yo, mientras formaba la compañía y salíamos al patio para incorporarnos á mi batallón, tenía unas ideas sumamente tristes.

Algunos oficiales estaban muy alegres, y no faltaban sargentos que hasta tenían humor de decir chanzonetas. Aquellos hombres no pensaban más que en ganar un ascenso; pero los demás, lo mismo jefes que soldados, estábamos serios y en la cara se nos conocía, que sólo por no haber otro remedio íbamos á arriesgar la vida.

A los veinte años nadie tiene gana de morir, y yo no pensaba más que en la facilidad con que podían pegarme un balazo y dejarme muerto en medio de una calle ó quitarme un brazo ó una pierna, que no es ciertamente un porvenir muy agradable.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

PARA LOS SUSCRITORES Y COMPRADORES

EL CASCABEL

VALE

para un retrato de fotografía, perfectamente hecho, abonando al fotógrafo solamente

CUATRO REALES.

La Fotografía está en la calle de los Estudios, número 18, cuarto tercero, casa esquina á la calle de San Millán.

Por los CUATRO REALES tiene el suscriptor derecho al retrato y una copia. Las demás copias que pida se le servirán por un precio módico.

Los retratos son inmejorables.

—Levantará roncha.

—No olvide V. aquello de la demagogia blanca.

—Bonito es el niño. Los pondré á todos de ropa de pascua.

—Y cuente V. con el ascenso.

—Hombre, sí, porque ya llevo más de dos años de servicio, y es una injusticia que no tenga más que treinta mil reales.

—Tiene V. mil razones. ¿Quiere V. ser gobernador?

—Eso me gustaría.

—Pues precisamente va á hacerse un arreglo y haremos que cuenten con V.

—Confío en ello.



—Mira, Francisca, mira que emperejilada vá la mujer del tío Lucas.

—Mejor dirás de D. Lucas.

—¿Pues desde cuándo tiene usía?

—Desde que lo han nombrado alguacil de no sé qué distrito.

—Y ¿de dónde le viene tanto influjo al señor Lucas?

—Toma, como en las elecciones trabajó para que ganara el ministro, y aun dicen si le pegó ó no le pegó un garrotazo á un neo que se empeñó en que había de votar por quien le diera la gana; velay...

—Pues hija, pa eso las que somos federales, me parece que nunca saldremos de azotes y galeras.

—Eso le digo yo á aquél, que está siempre con el clu y las galantias endividuales, y nunca tiene un cuarto para hacer cantar á un ciego.

—Que se meta en la Tertulia porgresista y verás qué pronto le dan un empleo.

—Si yo llevara calzones, á estas horas era ya ministra.



—Sea enhorabuena, D. Luis.

—Muchas gracias, D. Mariano.

—¿Qué suerte la de V. hombre!

—No sé qué tiene de extraño.

—Obtener un ascenso de este gobierno, V., un protegido de Gonzalez Brabo.

—¡Chist!

—¿Ya no es V. amigo suyo?

—Yo no soy amigo de los que caen.

—¡Caramba!

—Yo soy un hombre de orden, y los hombres de orden son siempre ministeriales.

—De modo que al caído...

—Sólo la gente que no tiene que perder puede hacerle caso.

—Vamos, ya no me maravillo de que haya V. hecho tanta carrera.

—Sí, señor, todos los ministerios han apreciado mis ideas gubernamentales, y cada uno me ha dado un ascenso.

—De modo que es V. alternativamente conservador y revolucionario.

—Soy siempre conservador...

—De su destino.

—Precisamente.

—Como V. hay muchos.

—Sólo que no tienen la franqueza de decirle.



Así se medra.

De este modo se hace carrera, queridísimos lectores.

El que se propone trabajar honradamente, puede darse por muy contento si logra atender á sus necesidades y ahorrar unos cuantos ochavos morunos, y no tener que ir á San Bernardino como el contratista de beneficencia.

Pero lo que no gana en goces materiales ó en honores y relumbrones lo gana en el respeto que inspira á todo el mundo.

El que por interes se casa con una mujer rica, el que vende su pluma para insultar á los enemigos del poderoso que le compra, el que adula á todo el que logra encumbrarse y da con el pié al que mira caído, el que comercia con sus opiniones políticas y sacrifica á su ambición la patria, serán ricos, poderosos, títulos de Castilla y caballeros cruzados de todas las órdenes habidas y por haber, pero no lograrán pasar por hombres de bien.

Cuando á solas consigo mismos piensen en los medios de que se han valido para hacer carrera, no podrán menos de avergonzarse.

Y si no se avergüenzan tanto peor para ellos. Será que han llegado á ser incapaces de avergonzarse.



CASCABELES

En otro número diremos algo de tres libros que hemos recibido: *El Monge del monasterio de Yuste*, *La Fontana de oro*, y una comedia infantil del Sr. Llafriu. Hoy nos falta espacio.

Brillante estuvo el sábado la recepción del Sr. Silvela en la Academia española. El discurso de dicho señor y el del señor Cánovas, contestándole, son muy notables y causaron agradabilísima impresión en el ilustrado concurso.

El primero de dichos discursos versa sobre *la influencia ejercida en el idioma y en el Teatro español, por la escuela clásica, que floreció desde mediados del postrer siglo*.

Esto del *postrer siglo* no tendría nada de particular en un periódico tan *curso* como EL CASCABEL, pero en un curso de académico ya es otra cosa. El *postrer siglo*, ó el siglo postrero, será aquel en que se acabe el mundo y no quede ni un académico para contarlo. El siglo anterior no puede ser el *postrer siglo*, porque le sigue el presente siglo, y aún le seguirán otros. *Postrer* suspiro se dice porque no puede haber otro despues; *postreros momentos* se dice por lo mismo; pero puede que nosotros estemos equivocados y sea rigurosamente académico llamar *postrer siglo* al siglo anterior. Entre un periódico *curso*, como este, y un académico, no hay que dudar quién será el que haya cometido error.

Ha vuelto á Madrid, despues de dos años y medio de ausencia, nuestro querido amigo D. Severo Catalina. Dicen los periódicos que viene resuelto á alejarse de la política y á dedicarse á tareas literarias. Mucho ganarán con esta resolución las letras españolas, á las que tanto honra el distinguidísimo escritor.

Algun periódico progresista radical ha escrito alguna bromita á propósito del regreso del Sr. Catalina; ya quisieran los radicales tener algun hombre político en sus filas con el talento del Sr. Catalina.

Once maestros de la provincia de Alicante han sido destituidos por el grave delito de no darles la gana de jurar la Constitución.

Pues señor, ¡viva la libertad!
Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Proponemos que á todos los señores de la situación se les dé la cruz de epidemias.

Es la que les conviene, porque esta situación hace en el país el efecto de una epidemia.

Histórico.

El otro día, un estudiante amigo nuestro, viendo un anuncio de casa de huéspedes que decía: «Se admiten huéspedes de 8 rs. arriba», fué á la casa calle de Jacometrezo, por más señas. Era la casa un principal de buena apariencia, pero el patron le hizo subir al sotabanco y allí le dijo que le daría cuarto.

—Pero hombre... exclamó nuestro amigo; ¡en el sotabanco!... No dice eso el anuncio.

—Sí, señor, dice que se admiten huéspedes de 8 rs. arriba, y más arriba que este sotabanco me parece que no puede ser. Para los huéspedes de ese precio le he tomado.

Segun vemos en los periódicos ministeriales, se ha concedido al poeta D. José Zorrilla la misión de examinar los archivos y bibliotecas de Roma, Boloña y otras poblaciones del reino de Italia, á fin de que pueda conocer las propiedades y derechos que corresponden á España en las diferentes fundaciones que existen en aquel país, y escribir una memoria detallada sobre este asunto.

Mejor hubiera sido encargarle y pagarle espléndidamente un poema que tuviera por asunto la Independencia española y el ardiente patriotismo de los españoles en épocas en que no mandaba la ridícula cimbrería.

Mucho celebramos el buen éxito obtenido por la zarzuela *Los holgazanes* de los Sres. Picon y Barbieri.

En 1838, al llegar el general Serrano al punto á que habia sido confinado, exclamó: *El Gobierno que destierra sin motivo, decreta su propia muerte.*
Y ahora ¡qué dice S. E.?

El Sr. Becerra ha sido elegido diputado por Becerrea. Es natural.

Figueroa está clasificado con 40.000 reales de haber pasivo en recompensa de lo que ha hecho como ministro de Hacienda.

Echegaray está tambien clasificado ya con 30.000 rs.

Los contribuyentes están de enhorabuena.

Los politiquillos le cuestan bien caros al país.

Once milloneros cuestan las obras del ministerio de la Guerra.
¡Eche V. lujo!

Bien se conoce que sobra el dinero y que España es otra Jauja bajo el paternal gobierno de la cimbrería.

La Igualdad publica un artículo demostrando que en el barrio de las Peñuelas reina una miseria espantosa, y hay infinidad de personas que no tienen ni cama siquiera.

Cuando la preocupacion general es la politiquilla de destinos y chismes y cuentos, no es extraño que las clases pobres estén completamente abandonadas.

Aflige leer los detalles del fusilamiento de los ancianos generales franceses Thomas y Lecónte ejecutado por las turbas que se han hecho dueñas de Paris.

¡Parece imposible que tanta maldad quepa en el corazón del hombre!

Francia se acaba de hundir.

Recomendamos á los padres de familia el nuevo colegio de niños establecido en la calle de las Huertas, núm. 46. Este colegio, perfectamente dirigido, ofrece á los padres garantías de que sus hijos recibirán buena educacion y sana instruccion.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

En Paris hay gran jarana,
que armó la *Internacional*,
y aqui tambien, ¡voto á tal!
anda el diablo en *Cantillana*.

Un rojo... de vergüenza.

CHARADITA.

La primera y la segunda
en la fruta has de encontrar,
y tambien en las personas
y en los gobernantes más,
segunda y tercia le coge
al que descuidado esté
viendo á la novia ó al mono
que hace alguna habilidad;
y coge sin tener manos
y sabe sin piés andar,
y tiene formas diversas
y su uso es universal:

segunda y cuarta animales
son que te deben gustar:
la segunda y la primera
en tu casa la tendrás
y el que no la tenga creo
que desgraciado será;

un juego es prima y tercera,
á que tu no jugaras,
si eres, como me presumo,
una persona formal:
segunda y cuarta recuerdan
á los que ya fuera están
de este mundo pecador,
y el todo lo comerás
si es que vas á cierta casa
y tienes intimidad

con los señores... y ahora
fácil es adivinar
el todo de la charada,
y pongo punto final.

ANUNCIOS



LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.^o En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen 3 números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administracion en Madrid, Plaza de Celenque 1, Librería. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,
remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoración.

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Alino, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el ultimo periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener uo obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (22)

PASTILLAS INFALIBLES

Para curar radicalmente las tercianas y cuartanas, por rebeldes que sean.

La esperiencia de muchos años, la prontitud en recuperar el apetito, buen color y completa salud el enfermo, es la mejor garantia para tan prodigioso medicamento.

Se vende en Madrid al precio de 30 rs. dosis en las boticas de D. José Moreno, calle Mayor, núm. 93; Postigo de San Martin núm. 23; y por mayor con gran descuento Don Manuel Martinez, calle de Silva núm. 3, tienda. (6)

LAS TIENDAS

DIÁLOGOS HUMORISTICOS

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo de 300 páginas, se vende á 4 rs. en Madrid y 6 para provincias, en la administracion de EL CASCABEL.

CONSEJOS A LAS MADRES

PARA CRIAR BIEN A SUS HIJOS

ESCRITOS POR EL SABIO DR. DONNÉ

VERSION CASTELLANA

Un tomo de 20 pliegos, se vende á 8 reales en Madrid, en la Administracion de EL CASCABEL. Se envia á provincias á quien envíe 16 sellos de medio real, ó una libranza de dos pesetas.

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Casteñilla 9 id. id. Carbon de encina 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

ALMACEN DE MADERAS

Calle de Fuencarral núm. 107.

Gran surtido de maderas de construccion y de sierra de las Navas y Balsain: precios de fábrica. Tablones del Norte, Alamo Blanco, Aliso, Peral, Manzano, Nogal, etc. etcétera.

MÁQUINA PARA COSER

Se vende una de construccion inglesa, por la tercera parte de lo que le costado.

Es nueva, como podrá verse en el Comercio de Sedas, titulado de *La Guirnalda*, calle de Latoneros, frente á la Cruz de Puerta Cerrada.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEROTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL C.D., 4. (REGOLETOS)